

REVISTA ILUSTRADA

AÑO I.

MADRID 16 DE FEBRERO DE 1881.

NÚM. 7.

DIRECTOR
VICENTE COLORADO.

DIRECCION Y ADMINISTRACION
36, 2.º — MONTERA — 36, 2.º

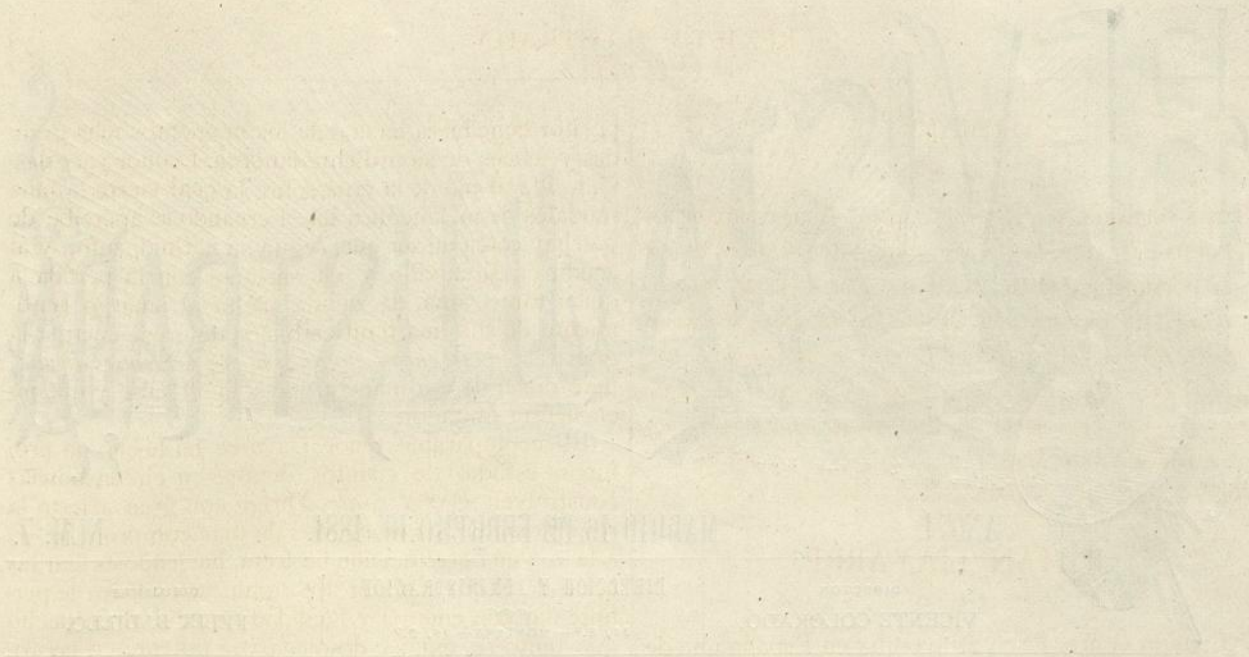
DIBUJANTE
FÉLIX BADILLO.



18 JUN. 1973



JULIAN GAYARRE.



JULIAN GAYARRÉ

SUMARIO.

JULIAN GAYARRE, por *J. Criado Aguilar*.—CONDICIONES DE LA POESÍA ACTUAL, de *U. Gonzalez Serrano*.—LA SEGUNDA PARTE DE IVANHOE, por *W. M. Thackeray*, traduccion de *M. Juderías Bänder*.—EL PENITENTE DE CANOSA, de *H. Heine*, traduccion de *J. Herrero*.—MEMORIAS DE GOETHE, traduccion de *L. Ruiz de Velasco*.—UN ÁTOMO, por *J. Cuesta*.—SONETOS, por *V. Colorado*.—ESTUDIOS SOBRE EL QUIJOTE, por el *Académico de Argamasilla*.—VARIEDADES.

JULIAN GAYARRE.

Cuando el arte lírico atravesaba en España uno de esos frecuentes períodos de languidez y decadencia por frisar nuestros primeros cantantes en el ocaso de su vida artística, el Conservatorio de María Cristina, fecundo en resultados y dignamente dirigido por el inolvidable maestro D. Hilarion Eslava, dejó entrever á los *dilettanti* un eminente artista, una gloria del porvenir en el aventajado alumno cuyos datos biográficos consignamos hoy á la ligera.

Julian Gayarre pertenece á una modesta familia de Navarra. Siguiendo sus aficiones artísticas y los impulsos de su genio, dedicóse con asiduidad al estudio del sublime arte, dando la preferencia al canto, cuya rama, sabido es de todos, cultiva con admirable suerte. No se le ocultaban al reputado maestro D. Lázaro Puig las poco comunes aptitudes que concurrían en el alumno que con tanto interes le recomendaran: afición, laboriosidad, genio, gran disposicion, mejor diríamos, una organizacion musical de primer orden que, hábilmente dirigida, conduciría á obtener un señalado triunfo para el maestro y una celebridad con que dotar al arte.

Una vez al corriente de cuantos conocimientos bajo el punto de vista didáctico podía adquirir, partió á Italia, cuna y emporio de las artes, donde concluyó sus estudios bajo la direccion de inteligentes maestros que, haciéndole notar y comprender las múltiples bellezas del arte de Rossini, el claro-oscuro, la delicadeza al herir los registros de su privilegiada voz, la parte estética, en fin, formaron á Gayarre, le dotaron de estilo propio, le hicieron artista.

Provisto de un repertorio sobre el que, aunque corto, ejercía un dominio relativo, se lanzó á tomar parte en los espectáculos públicos figurando en cuartetos cuya calidad les proporcionaba contratas en teatros de importancia, presentándose años há en la Scala de Milán á cantar por vez primera la parte de Fernando de la ópera *Favorita*. Con ella consiguió su primer triunfo, una reputacion envidiable y una serie no interrumpida de aplausos en los principales teatros del mundo.

En el cuarto acto, que es indisputablemente el más bello de toda la obra y en el cual se destaca la sublime y deliciosa cavatina: *Spirto gentil*, hace Gayarre verdaderos prodigios de arte y sentimiento arrastrando frenéticamente al público con los tiernos acentos de su plateada voz. Inmóvil junto á la cruz de piedra que ocupa el centro del patio que rodea severa arca, parece recibir la divina inspiracion al arrancar á su corazon dolorido las notas que el dramático com-

positor concibiera en uno de los momentos más grandes y felices de su ardiente fantasía. Leonor yace desvanecida al pié de la cruz sobre la cual vierte la luna raudales de melancólica luz. Fernando se apercibe de que hay cerca un sér que, segun su actitud, sufre, y al acudir en su auxilio y encontrarse con la pérvida á quien tanto ama, dá rienda suelta al amargo sentimiento de su alma repitiendo con dolorosa energía la gran frase: *O tu che m' enganasti, che pretendes di me?*, pero dicha de esa manera que sólo él sabe y que no encuentra imitador.

El incomparable tenor Gayarre ha hecho un profundo estudio de cuantos detalles y circunstancias constituyen el *bel canto*. Dirige con gran acierto la respiracion en los momentos de más compromiso: dá á la voz una acentuacion perfecta, haciendo brillar las notas de efecto superior. Su organizacion fisica le permite dar con energía y facilidad suma el *do* de pecho que tanto se exige; despliega voz potente en las romanzas de fuerza y concertantes y ostenta una dulzura y flexibilidad que envidiaría cualquier laringe femenina distante de lo vulgar, en las *fermatas* y motivos difíciles escritos en escalas, terceras y quintas.

Con tales circunstancias y una voz como la suya, se puede aspirar legítimamente á todos los triunfos y á ocupar con la mayor justicia un lugar de preferencia entre los tenores de *primo cartello*.

Los grandes maestros disponen de un admirable y fiel intérprete que perpetúe las creaciones de su genio.

Los *dilettanti*, de un sin par traductor de los grandes conceptos musicales.

La gloria, de una celebridad, de un artista insigne á quien iluminar con la inmarcesible aureola que reserva al genio.

JULIAN CRIADO Y AGUILAR.

CONDICIONES DE LA POESÍA ACTUAL.

En ningun asunto es tolerable lo exclusivo de las doctrinas, pues el rigor lógico de las especulaciones tiene que contar con el conjunto, por necesidad flexible, de condiciones y circunstancias, merced á las cuales se incrustan las teorías en la práctica y logran grabar su nombre en el libro de la existencia.

El arte, cuyo parentesco con la vida y con lo más complejo de la realidad no hay necesidad de encarecer, gustan muchos—la legion infinita de los retóricos—contradecir aquella primera afirmacion, pues entienden que las formas artísticas se hallan ya agotadas y representan moldes, cual fundidos en bronce, inalterables, á que ha de sujetarse en lo sucesivo toda inspiracion artística, por genial que sea.

Los géneros poéticos, con sus divisiones y subdivisiones, y aún con cierto barniz de tecnicismo filosófico, mediante el uso y abuso de lo *objetivo* y de lo *subjetivo*, constituye el *Noli me tangere*, el arca santa de los retóricos. No se les puede argüir con formas artísticas que no tienen precedente histórico, ó con géneros poéticos que toman nuevas fases ó desarrollos más amplios; aún los altísimos intereses del innegable progreso del arte quedan supeditados y aún vencidos cuando los defienden artistas de mediana inspiracion, por este inflexible, tradicional, escolástico é intolerante formalismo de los retóricos.

Cómo se divorcia de este sentido el arte de verdadera inspiracion, lo declara la marcha que sigue la

poesía moderna, y muy especialmente la filípica, más justa que virulenta, que ha dado á luz últimamente el eminente poeta Campoamor contra los retóricos formalistas. La respetabilidad y competencia del señor Campoamor, su condicion de académico y aun el tributo que paga á lo tradicional, dan más autoridad á todas sus justísimas quejas contra lo que gráficamente denomina la *familia de los roedores* (1).

Por tal motivo, no nos preocupa que se halle ó nó conforme con el dictámen de los tratadistas la idea que tenemos de la poesía moderna, cuyos adelantos innegables en nuestros días y en nuestro pueblo marcan derroteros que no están ni pueden estar indicados en el *Arte poética* de Horacio. Verdad es que la Épica, en el sentido estrecho de las clasificaciones de las escuelas, duerme sueño sólo interrumpido por ensayos más ó ménos estimables; cierto es á la vez que el teatro, que vive del recuerdo de su gloriosa tradición, encuentra dificultades, al parecer insuperables, para igualar sus antiguas y más altas manifestaciones; pero más allá de éstos géneros, educiendo el fondo artístico de lo que tiene de imperecedera la inspiración artística, tomando asunto de estos repliegues, cada vez más analizados y cada vez más hondos, del corazón humano, aparece, se desarrolla y crece la *Poesía moderna*, que no nos atrevemos á calificar ni como subjetiva ni como objetiva, ni pretendemos tildarla de realista ni de idealista, pero que no titubeamos en declarar que es poesía real, viva, que pone en juego y en acción todas las fibras de la sensibilidad humana y que mueve armónicamente los complicados y delicados goznes en que tiene su asiento toda nuestra personalidad.

Más allá de la sílfide, por cima del *Divus* de Horacio, excediendo por su intención la fantástica región en que habitan los hijos de los dioses, es decir, en los profundos limbos del espíritu, en el punto donde se unen y mezclan la penetrante luz del análisis científico y la penumbra de las concepciones del pensamiento humano; allá en el fondo del alma racional, cuya contemplación admira y seduce más que lo inmenso del mar y lo infinito de los cielos, según Víctor Hugo, ha descubierto la poesía moderna un rico é inagotable venero de inspiración, ante cuyas manifestaciones no puede ser indiferente ningún alma bien sentida.

Así es que parece que la poesía va siguiendo en estos últimos tiempos los bordes y límites que la reflexión científica le indica; pero no entendemos por esto que subordine su intención primordial, la de producir emoción estética, al frío análisis y á la exactitud exagerada de las demostraciones científicas, sino que cuenta ó debe contar el arte con el poderoso auxilio de la ciencia, y no tolera ya el gusto artístico poetas melenudos que hagan gala de su incultura, si quiera la retoquen con filigranas de oropel, nacidas de calenturienta inspiración.

¿Supondrá esta nueva evolución del arte, exagerada por la moderna escuela realista ó del naturalismo, que la poesía tiene que ser, como decía Lamartine, la razón cantada? ¿Habríamos de cohonestar las híbridas y torpes manifestaciones de la literatura al estilo de Julio Verne? ¿Bajaremos el diapason de la trompa épica y la convertiremos en baja y soez bocina que dé á los vientos de la publicidad lo más grosero de la vida, según pretende E. Zola en su lucha actual

contra el Idealismo? ¿Aceptarémos, por aquello de que los extremos se tocan, los delirios febriles y delirios de mal gusto que se ha permitido algunas veces el poderoso genio de V. Hugo, aspirando á despertar siempre la mayor emoción estética con ediciones repetidísimas de su Cuasimodo en *l'Homme qui rit*, y por último en su enamoramiento por el pulpo y por el alcantarillado de París?

Nos parecen tales extremos de todo punto inaceptables; no sabemos si los verdaderos poetas huyen á sabiendas de semejantes aberraciones; pero sí observamos que la poesía que caracteriza el siglo actual, la de los Leopardi, Schiller, Goethe y otros, no es la razón cantada, ni la indigesta mezcla de nociones que no son científicas, con invenciones absurdas, sino que obedece á la unidad complejísima, á la síntesis poderosa que determina la cultura humana.

Pretender que el arte sea una ampliación de la escuela ó de la cátedra, nos parece un absurdo; pero no deja de serlo á la vez aspirar á que el poeta cante, cual si fuera planta exótica, sin buscar, ante todo y sobre todo, eco y resonancia en el medio social que le circunda y sin el cual se asfixia y ahoga su obra por falta de aire respirable. Así es que la condición primera, la más fundamental que nos atrevemos á señalar á la poesía moderna, es la de que debe ser *intuitiva*, y entendemos por tal la inspiración que sabe determinar y producir, causando lo primero la emoción estética, el punto de conjunción ó cruce de la observación del empírico con las especulaciones del pensador, elementos ambos que, como factores ó causas concomitantes, avaloran la cualidad artística de la obra. A esta especie de matrimonio místico entre lo consciente y lo inconsciente, que dicen algunos, y en el cual palpitan y existen por modo eminente, que diría el Sr. Valera, todos los elementos que dan interés, acción y lucha á esta fría y profunda labor de la vida actual, á todos estos complejísimos factores referimos nosotros el poder intuitivo de que ha de dar pruebas el verdadero artista.

Real y á la vez simbólica, en ocasiones velada y enigmática, franca y desnuda cual la antigua estatuaría en otros casos, huyendo siempre la monotonía y aspirando á ser, más que la superficie tersa de un cristal, conjunto armonioso de prisma que refleja la infinita complejidad de toda la realidad, con perfecto derecho en determinadas circunstancias á romper el ritmo y la continuidad de la vida para revelar contrastes y á veces paradojas, que es una de las fuentes de inspiración más ricas para el moderno pesimismo, sin perder, en una palabra, la base de sustentación en lo terrenal, pero mirando á la vez hacia arriba, á lo realmente humano y á lo ideal, nos parece que la poesía intuitiva debe ser á la vez *universal y personalísima*.

Con el eco y resonancia que lleva tras sí lo humano y lo ideal se une el relieve personal, la virtualidad del artista, por cuyo motivo no tiene importancia alguna en el arte la acusación del plagio, pues en la creación artística es lo primero el sello personal que la imprime el autor, como lo prueba cumplidamente toda la dramática de Shakespeare y la obra magistral de Goethe, el *Fausto*.

Así entendida la poesía, es cuestión ociosa la de poner siquiera en tela de juicio si la cultura y el saber pueden servir de losa de plomo al vuelo de la inspiración artística. De ningún modo es esto presumible, ni son argumentos para tal opinión favorables

(1) Prólogo á la última edición de los *Pequeños Poemas*.

los que se aducen de que muchos poetas han perdido su inspiración cerrándose en pensamientos preconcebidos y en simbolismos maniáticos con el arte docente. Cuando así se supedita y rebaja el arte, cuando la emoción estética es segundo y no primordial fin, entonces se desnaturaliza el arte y se olvida que la fuente de su inspiración, si está en lo complejo y sintético de la vida, no reside en los moldes estrechos de la antigua retórica, ni en los inflexibles linderos de las escuelas científicas. Aparte tal consideración, ¿cómo justificar que la verdad sabida puede revelar antinomias con la belleza! Y cuenta que, lejos de ser así, toda verdad está preñada de misterios, porque ella es, en efecto, origen de otras verdades que se entrecruzan, y que mientras gradualmente se van percibiendo dan ocasión para nuevas concepciones artísticas; que toman como punto de arranque el límite donde llega la percepción científica, y como campo para moverse la penumbra que queda en este más allá indefinido, de que es representación la tradicional leyenda del *Judio errante*.

Varía, por tanto, el simbolismo; por la inspiración del artista no se agota, ni los dioses se van, como se dice al observar que el arte rebasa los límites estrechos del antiguo clasicismo, porque el poeta no pueda cantar los ídolos paganos, ni invocar genios maravillosos, ni traer á cuento el *Deus ex machina* de una fe que muere cuando no fecunda la práctica de la vida; antes bien entendemos que hay dioses, según dice Lamartine, que nunca mueren en el fondo del alma humana (la virtud, la libertad, el progreso, etc.), y que subsisten imperecederos ante la acción del tiempo, siempre que repercutan en el espíritu del hombre y hieran fibras de su corazón, tomando por tema el *Homo sum* del poeta latino. Así es que lo real, en el amplio sentido de la palabra, lo que es vivo, humano, de todos tiempos, persiste, siquiera todo el simbolismo de que viene acompañado perezca. A nadie, ni aún al erudito más refinado, causa emoción estética la lectura de la *Iliada* por el simbolismo general en que ha expresado su concepción el poeta á no evocar recuerdos de su cultura; pero á todos seduce el episodio de la despedida de Héctor y Andrómaca. Por muy positivos, racionalistas y aún volterianos que sean los *esprits-forts* de estos tiempos, por muy amenguada que se halle la fe, pocos, quizá ningún espíritu, permanecerá indiferente ante la representación de la sublime pecadora, de la Magdalena cristiana.

URBANO GONZALEZ SERRANO.

LA SEGUNDA PARTE DE IVANHOE.

(CONTINUACION.)

Y después de una breve pausa, prosiguió diciendo al de la capucha:

—Mi primo era un infeliz..... un melancólico..... una manta mojada..... pero la palidez de su rostro lo hacía muy interesante.....

Lady Rowena comprendió la intención de esta última frase, y alzó los ojos como si quisiera poner al Cielo por testigo de algo.

Su marido notó el movimiento y dijo:

—Lady Rowena todavía no ha podido perdonarle sus amores con la hebrea.

—¡Maldita mujer! no me la recordeis.

—La verdad es que mi primo era un infeliz,—balbuceó Lord Athelstane, arrellanándose en el sillón.

—Sir Wilfredo era un valiente, señor,—dijo el monje,—y no hubo más cumplido caballero en la Cristiandad.—Entre nosotros murió, y en nuestro convento descansa.

—Muchos años nos espere por allá. Pero, después de todo, ¿qué sacamos de hablar estas cosas? ¡Wamba! ¡Wamba! vamos, levántate y cántanos algo.

Wamba, que, acurrucado entre los perros, parecía dormir, se incorporó á las voces de su amo, restregándose los ojos, dirigió una mirada penetrante al hombre de la capucha, y templado que hubo el laúd, cantó de esta manera:

Trae la copa, muchacho,
Llena de vino añejo,
Y esta máxima escucha
Que en tí grabar pretendo.
No creas á la hermosa
Que dice: *Yo te quiero*;
Al casarse contigo
Piensa en marido nuevo.
Dirálo acaso alguna
Con ánimo sincero:
Caséme con tres viudas;
Más prueba hacer no pienso.
Sólo á los quince abríles
Tierno llanto vertemos,
Si un *nó* cruel nos lanzan
Dos labios hechiceros.
Que es preciso, muchacho,
Cumplir cuarenta inviernos
Para preferir el vino
A todo el bello sexo.

—¿Quién te ha enseñado esa canción, Wamba de mis pecados?—exclamó el Lord, dando con la copa sobre la mesa y haciendo coro al último verso del bufón.

—El vicario de Copmanhurst, señor, á quien conocísteis en tiempo de Sir Ricardo. ¡Qué tiempos aquellos, y qué cura tan bueno y tan alegre!

—Dicen que obtendrá el primer obispado vacante, pues goza de mucho favor con el rey por sus virtudes. Y á propósito, caro Athelstane, ¿visteis en el último baile de Palacio la tan ponderada hermosura de la condesa de Huntington? Yo no le hallo mérito para disculpar al coronel Littlejohn y al capitán Scarlet sus amores con ella.....

—¿Todavía te duran los celos?—la dijo Milord, riéndose con toda la boca.

—No conozco los celos,—le respondió su señora, levantando majestuosamente la cabeza.

—Después de todo,—prosiguió Athelstane mudando de conversación,—Wamba nos ha cantado una cosa muy linda.

—Pues á mí me parece de muy mal gusto,—añadió Rowena, alzando la vista al techo, como de costumbre.—¡Mofarse así del amor de la mujer! ¡preferir el vino al amor de la mujer fiel! El amor de la mujer es eterno, Athelstane mío, y quien duda de él es un infame ó..... un loco, así como Wamba. La mujer de buena educación, virtuosa y de buena casa, sólo ama una vez en la vida, y su amor es intenso, noble, generoso, puro.

—Perdonad, señora, pero quisiera retirarme,—dijo el monje al oír estas palabras.

Wamba le siguió, aparentando sostenerlo con sus brazos, y cuando estuvieron fuera de la habitación, le dijo al oído:

—Hay muertos que viven, y vivos que están muertos, ¿no es verdad, Padre?

Luégo, viendo que estaban solos, se arrodilló, y besando el hábito del monje, exclamó:

—¡Os he conocido, señor, os he conocido!

—Levántate,—respondió Ivanhoe;—ya veo que no hay lealtad sino es en los bufones.

Dicho esto se fueron á la capilla, donde yacía el venerable Cedric, al pié de cuyo sepulcro pasó rezando Sir Wilfredo toda la noche, mientras Wamba, inmóvil como una estatua, velaba á la puerta.

Al despuntar del alba, Gurth y Wamba habían seguido á Ivanhoe; pero su falta no se echó de ver en el castillo por Lady Rowena, que salió aquella misma tarde camino de York, donde S. M. el rey Juan recibía corte la mañana siguiente.

CAPÍTULO VI.

Héme limitado en los capítulos precedentes á indicar todo el partido que podría sacarse de la historia del joven príncipe Arturo, de sus primeras aventuras, amores, combates y peligros. Las peripecias de tan dramático asunto darán materia de sobra para muchos capítulos, sabiendo desleirlas, y Hume el historiador nos dirá cosas estupendas y de mucho gusto respecto del particular, que sería muy del caso aprenderse de memoria. Dice así en su *Historia de Inglaterra*, tomo I, capítulo X:

«Viéndose ya en la edad de la adolescencia, y convencido del peligroso carácter de su tío, resolvió el joven duque de Bretaña buscar juntamente su seguridad y su engrandecimiento en una estrecha union con Felipe y los barones descontentos, á cuyo fin fué á reunirse con el ejército frances, que ya había roto las hostilidades contra el rey de Inglaterra. Recibióle el monarca frances con las más vivas señales de distincion, le armó caballero, le dió en casamiento su hija María, y le invistió no sólo del ducado de Bretaña, mas tambien de los condados de Anjou y del Maine, que aquel príncipe había devuelto anteriormente á su tío.

»Todas las operaciones de la campaña les salieron bien á los confederados. Felipe tomó á Tillieres y Boutavant, despues de una ligera resistencia: Mortemar y Lyon apenas se defendieron y cayeron en su poder: luego bloqueó á Gournai, y abriendo las esclusas de un lago inmediato inundó la plaza, de suerte que la guarnicion tuvo que abandonarla, con lo que el monarca se apoderó de tan importante fortaleza sin desenvainar la espada. Muy rápido fué el adelantamiento de las armas francesas, y prometió resultados más considerables que los que solían tener entonces las empresas militares. Felipe no respondía á todas las insinuaciones que hacía el monarca inglés para obtener la paz sino que era preciso que cediese sus provincias del continente á su sobrino y se ciñese á sólo el reino de Inglaterra; pero acaeció un suceso que hizo inclinarse la balanza en favor de Juan y le dió una superioridad decidida sobre sus enemigos.

»Sediento de gloria militar, el joven Arturo había entrado en el Poitou al frente de un pequeño ejército. Al pasar por Mirabeau supo que su abuela la reina Leonor, que siempre había sido contraria á sus pretensiones, se hallaba en aquella plaza, cuya guarnicion era muy débil y cuyas fortificaciones estaban arruinadas, por lo que resolvió sitiarla sin demora y apoderarse de la reina; pero Juan, sacado de su letargo por una circunstancia tan crítica, reunió un ejército de ingleses y brabanzones, salió de Normandía y acudió rápidamente en auxilio de su madre.

»Cayó sobre el campamento de Arturo, cogiendo á

este príncipe desprevenido; le dispersó su ejército, hízole prisionero, igualmente que al conde de la Marca, á Godofredo de Lusignan y á las cabezas del partido de los barones rebeldes, y se volvió triunfante á Normandía. Felipe, que se hallaba delante de Arques, en este ducado, levantó el asedio y se retiró al acercarse el monarca vencedor, quien envió la mayor parte de los prisioneros á Inglaterra y encerró á Arturo en el castillo de Falaise.....

»Tuvo éste en seguida una conferencia con el rey, quien le hizo presente la insensatez de sus pretensiones y le excitó á la alianza de la Francia, que le había movido á desavenirse con toda la familia; pero el animoso príncipe, realentado bajo el peso del infortunio, sostuvo la justicia de su causa, defendió sus derechos, no sólo á las provincias francesas, mas tambien á la corona de Inglaterra, y aun intimó al rey que restituyese la herencia perteneciente al hijo de su hermano primogénito. Asombrado Juan de la noble osadía que animaba á su sobrino, aunque prisionero, y persuadido de que podría llegar á ser con el tiempo un enemigo formidable, resolvió ahuyentar para siempre este peligro, y nunca más volvió á oírse hablar de Arturo. Sin duda los autores de tan inicua accion ocultaron cuidadosamente todas sus circunstancias, que los historiadores refieren de distintos modos, si bien la explicacion más probable es la siguiente: El rey, dicen, propuso á Guillermo de la Bray, uno de los comensales de su casa, que matase á Arturo; pero Guillermo respondió que era caballero y no verdugo, y se negó rotundamente á tan vil complacencia, por lo que se envió á Falaise con órdenes terminantes á otro hombre menos escrupuloso.

»Huberto de Bourg, gentilhombre del rey y gobernador del castillo, aparentó querer ejecutarlas por su propia mano; despachó al asesino, extendió la voz de la muerte del joven príncipe, y celebró públicamente la ceremonia de sus exequias; mas viendo luego á los bretones decididos á vengar el asesinato de Arturo, y á los barones sublevados más obstinados que nunca en su rebelion, creyó necesario revelar su secreto, noticiando á todos que el duque de Bretaña vivía y estaba bajo su custodia. Este descubrimiento perdió al joven duque: Juan lo hizo trasladar al castillo de Ruan, pasó de noche á aquella ciudad, y mandó que trajesen hasta su presencia al prisionero. Entonces el desgraciado Arturo, seguro del peligro que le amenazaba, y abatido, en fin, por la duracion de sus desdichas y por la proximidad de la muerte, se echó á los piés de su tío é imploró su misericordia; pero el bárbaro no le respondió sino clavándole un puñal en el pecho, despues de lo cual ataron una piedra á su cadáver y le arrojaron al Sena.

»Grande horror causó la nueva de esa atrocidad, y desde entonces el rey, aborrecido de todos sus vasallos, no volvió á tener sobre la nobleza y sobre el pueblo más que una flaca y vacilante autoridad. Los bretones, furiosos de haber perdido el objeto de sus más caras esperanzas, declararon á Juan una guerra implacable, fijaron ellos mismos el orden de la sucesion de su gobierno y se mostraron resueltos á vengar la muerte de su soberano. Juan había hallado medio de asegurarse de la persona de Leonor, su sobrina, hermana de Arturo, llamada vulgarmente la *Demoiselle de Bretagne*, y la hizo llevar á Inglaterra, donde la tuvo cautiva; con lo que los bretones, perdida la esperanza de que se les devolviese aquella princesa, eligieron por su soberana á Alaix, fruto de las segundas nupcias de

Constanza con Gris de Thouars, y confiaron á ésta la administracion del Ducado.

»En tales circunstancias, Constanza, madre del príncipe asesinado, apoyada por los Estados de Bretaña, llevó sus quejas á Felipe, como á señor ligio de aquella provincia, y pidió justicia contra Juan, manchado con la sangre de Arturo, su pariente cercano, y considerado como uno de los grandes vasallos de la corona de Francia, aunque dependiente en realidad de Normandía. Recibió Felipe con agrado la demanda, é intimó á Juan que compareciese ante él; mas como éste no acudiese al llamamiento, juzgósele por contumacia en el tribunal de los Pares, declarándole culpado de parricidio y felonía, y todos sus señoríos y feudos de Francia fueron confiscados en beneficio de su señor superior (1).»

CAPÍTULO VII.

Creo haber descubierto con este pasaje una mina de oro, con tanto más motivo, cuanto que el famoso historiador ha pasado por alto mil detalles y menudencias que nosotros los novelistas ni debemos ni podemos echar en olvido. Tales son, por ejemplo, el llamamiento á la nobleza, las tropas que acuden bajo las órdenes de sus jefes respectivos, el estruendo de las armas, el canto de los bardos, etc., etc., etc.

¿Cuál es la causa de ese alegre tumulto? La primera entrevista del joven Arturo con la princesa Doña María. Despues siguen muchos incidentes políticos, amorosos y de otras clases... y en todos se halla Ivanhoe, siempre, por supuesto, de incógnito, concluyendo así el tomo segundo de la novela.

TOMO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Es muy esencial que se haga recibir la Orden de Caballería al príncipe Arturo, porque de ese modo tendremos el relatorio de las armas y la correspondiente armazon en la capilla.

Luégo vendrán los combates de Boutavant y Tillieres á probar que S. A. es digno de calzar la espuela. Pero ¡imprudente Arturo! ¡Hasta dónde lo lleva su ardor de novicio, y de cuánto no le sirven en las batallas Ivanhoe, Gurth y Wamba! ¡Voto á tal, que todas las pompas de la paz y de la guerra se agolpan en mi acalorada fantasía bajo formas tan palpables, que casi me dan ganas de andar á mojicones con tanto caballero guarnecido de hierro y tanto paje bordado de seda y orol

CAPÍTULO II.

Apénas oye hablar el príncipe Arturo de su abuela, que se halla en Mirabeau, ya no puede contenerse y sale á escape en busca suya, y sin hacer caso de los consejos de Ivanhoe, que va gritándole por el camino: «Mirad, señor, que al fin es dos veces vuestra madre. Acordaos de los Mandamientos de la Iglesia: el segundo, honrar padre y madre.» Pero tan buenas advertencias se las lleva el viento, pues Arturo sólo piensa en aquellos instantes en que la pícara de su abuela le daba cuando chico cada zurra que lo ponía como nuevo. ¡Desgraciado joven! va á escape: á ese paso llegará más pronto á Mirabeau y expiará su culpa.

(1) El Sr. D. Eugenio de Ochoa, traductor de Hume, nos ha ahorrado el trabajo de poner en español este pasaje de la *Historia de Inglaterra* citado por Thackeray. —(N. del T.)

CAPÍTULO III.

Tengo para mí, salvo el mejor parecer de los lectores de estos apuntes, que toda la borra del tintero será poca para tiznar á la reina Doña Leonor y ponerla de suerte que no la conociera ni su madre. A eso y mucho más nos autoriza, por una casualidad, la historia. Despues de todo, ¿no somos los novelistas históricos más fidedignos que los mismos historiadores? ¿No estamos destinados á ilustrar, por decirlo así, la historia, y á popularizarla?

Harémos, por consiguiente, de Doña Leonor una mujer antipática y odiosa, lo cual no impedirá que sitiados y sitiadores se pongan como chupa de dómíne desde el campo y las murallas, apostrofándose á la manera de los héroes de Homero en la *Iliada*. Tampoco hallo reparo en que mi señora Doña Leonor, puesta de pié en la torre occidental de la fortaleza, haga con el auxilio de una bocina llover insultos sobre su nieto, pues siempre ha sido muy de mi gusto mezclar la farsa con la tragedia, desde que Shakespeare me aficionó á ello con una obra dramática, en la cual este mismo rey Juan de quien nos ocupamos se presenta hecho un verdadero *gentleman* de puro amable y cortés, á pesar de los crímenes que pesan sobre su conciencia, si la tiene. Ahora bien; miéntras abuela y nieto *parlamentan* de la manera referida, llega de improviso Juan con el grueso de su ejército y hace prisionero al príncipe Arturo.

CAPÍTULO IV.

Este golpe de teatro precede á una escena de efecto, altamente dramática, entre el rey Juan, el príncipe y la vieja, que se complace, á pesar de sus años y de ser Arturo carne de su carne y hueso de sus huesos, en enumerar los diversos géneros de tortura á los cuales debe someterse, con cuyo motivo S. A., en quien la desgracia infunde más esfuerzo, se levanta é imperiosamente manda á su abuela ponerse de rodillas y rendirle pleito-homenaje, como vasalla suya que es. Entónces Doña Leonor, exasperada con la impertinencia del joven duque de Bretaña, le da un terrible bofetón, y así concluye el capítulo IV, destruyendo no obstante un incidente de la más vulgar especie, que sobrevendrá durante la última escena, todo el efecto producido en el ánimo del rey por las calurosas palabras del príncipe.

CAPÍTULO V.

Vencido y vencedores salen camino de Ruan, residencia del rey y su señora, de quien es dama de honor Lady Rowena. Como entónces se iba de una parte á otra en litera ó á caballo, y á pequeñas jornadas, el autor puede llevar del propio modo á sus lectores é intercalar con este motivo *algunos capítulos de IMPRESIONES DE VIAJE*.

CAPÍTULO VI.

QUE TRATA DE LOS BANQUETES, BAILES Y OTROS EXCESOS EN QUE VIVÍA ENCENAGADO EL CERDO DE RUAN.

¡El cerdo! Esta palabra no debe omitirse porque es muy gráfica. El rey, pues, vivía en Ruan encenagado como un cerdo. La descripción de las disipaciones de la corte hará notable contraste con el trágico fin que espera al real prisionero. Para obtener este contraste más fácil y prontamente, pondremos en el primer piso de palacio la orquesta, el salon de baile, el *buffet*

y las damas de la corte; y en los sótanos, los calabozos, las cadenas, las máquinas de dar tormento, como son braseros, ganchos, tenazas, etc., etc.; en una palabra, mucha luz y mucha sombra.

CAPÍTULO VII.

Pues nos hallamos en Ruan, sería conveniente introducir en nuestra novela, v. gr., la abuela de la Doncella de Orleans. Calcúlese el efecto que producirá la llegada de esta buena mujer anunciando el nacimiento de una niña suscitada por Dios para expulsar del territorio frances á los ingleses, los cuales, si no encuentran buques en la costa que los lleven á sus islas, tendrán que tirarse al agua como los carneros de Panurgo. Esta profecía, hecha seis ó siete siglos despues de haber ocurrido los sucesos, lo cual le permite ser infalible y auténtica, será tambien de mucho gusto.

Y, á propósito del cerdo de Ruan, no debemos olvidar á Gurth, el buen porquero, tipo del villano contento con su suerte y fiel á su amo. Tampoco debemos olvidar á Wamba, que no cedía en lealtad á Gurth, pues ambos secundaron á Ivanhoe repetidas veces para libertar al príncipe Arturo, sacando fuerzas de flaqueza, multiplicándose y recurriendo á todos los disfraces imaginables.

TOMO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Si con estos materiales no puede hacerse una cosa muy superior, confieso ingenuamente que la novela histórica es imposible.

Pero volvamos al argumento. Huberto de Bourg se deja convencer, Arturo abriga esperanzas de salvarse, y el Caballero desheredado se prepara con sus amigos á secundar la evasión.

Las campanas de la catedral dan las doce de la noche: hora solemne, terrible y dramática; están cerrados ya los teatros y cafés; los vecinos duermen á pierna suelta sobre pluma, lana ó paja, y la ciudad yace tranquila, sumida en el silencio y la oscuridad. Entónces, Ivanhoe desatraca su barca del muelle, y á remo se dirige al castillo, cuyas negras y gigantescas torres se destacan lúgubrementemente sobre el cielo. Las ondas melancólicas del Sena lamen los cimientos de la fortaleza, y las pálidas estrellas guiñan el ojo como de costumbre. La bandera de Inglaterra y Normandía flota, describiendo perezosas ondulaciones, en la torre más alta, y excepto el centinela, cuya coraza vislumbra con algun reflejo de los astros, y cuyo paso despierta los ecos de la noche, todo duerme... no, señor, no duerme todo, porque al través de los barrotes de una ventana, situada en la medianía de la torre del Homenaje, brilla una luz. Ivanhoe sabe que aquella luz, cuyos rojizos resplandores al reflejarse en la negra corriente del rio se agitan sobre las ondas como fuegos fatuos, sale del calabozo del príncipe Arturo.

Por prudencia, el caballero envolvió los remos con orillo. Hecho esto, desatraco la barca y se dirigió de una manera sigilosa con rumbo á la fortaleza, esperando la señal convenida con sus cómplices. Eran éstos Gurth que, disfrazado de fraile, había provisto de una escala de cuerda á S. A.; Raoul de Frontignac, que tenía encargo de sobornar al centinela, y los leales caballeros Alfredo de Auriol, Filiberto de Fran-

conia y Bertrand de Clos-Vougeot, que debían emborrachar al cuerpo de guardia y esperar con 50 lanzas al príncipe fuera de puertas. Todo estaba, pues, perfectamente preparado, y del buen éxito de la empresa dependía la libertad y la vida de Arturo Plantagenet, cuya noble frente ceñiría despues la corona de Inglaterra.

Pero dió la una, y luégo la média y los tres cuartos para las dos, y todo seguía en el mismo estado, con lo cual se aumentaba la inquietud y zozobra de Ivanhoe. No contribuían poco á esto, tambien, las sombras que iban y venían por el calabozo, las cuales, merced á la luz rojiza que lo iluminaba, parecían fantasmas del otro mundo. Entónces se oyó un grito, y el caballero creyó ver luchar las sombras; despues todo quedó en silencio.

—¡Bah!—dijo Ivanhoe,—estarán degollando al carcelero, que al fin es hombre y sentirá morir.

El reloj dió en aquel momento las dos. Un hombre se acercó á la ventana.

(Continuará.)

W. M. THACKERAY.

Traducción de M. JUDERÍAS BÉNDER.

EL PENITENTE DE CANOSA.

(TRADUCCION DE HENRI HEINE.)

Con el tosco sayal del penitente,
Mal cubiertas sus carnes y descalzo,
Está Enrique, del sólido castillo
De Canosa, en el patio embaldosado.
La noche es fria y húmeda; dos sombras
Miran con atencion el ancho patio,
Desde el hueco de estrecha ventanilla,
Y de la luna el macilento rayo
Alumbra del pontífice Gregorio
La frente calva y ancha, y el nevado
Cuello desnudo de la audaz marquesa
Matilde; balbucea miéntras tanto
Piadosos *Pater noster* el monarca
Con sus labios, que el frio ha amoratado,
Pero en su pecho hierve sordamente
La cólera, y murmura por lo bajo:

«Muy léjos, en mi patria, en Alemania,
Álzanse altivos montes escarpados,
Y en sus oscuros senos brota el hierro
Para el hacha de filos acerados.

«Muy léjos, en mi patria, en Alemania,
Se alzan selvas de robles solitarios,
Y el duro tronco del nudoso roble
Será del hacha el resistente mango.

«¡Vieja Alemania! ¡cara patria mia!
Tú engendrarás el hombre que mi agravio
Vengará, y la implacable hidra de Roma
Partirá con el hacha en mil pedazos.»

JOSÉ J. HERRERO.

MEMORIAS DE GOETHE.

POESÍA Y REALIDAD.

(CONTINUACION.)

Comenzaron, por aquel entónces, los preparativos de la feria. La construccion de una ciudad de tablas dentro de la ciudad de piedras causábame tanta sorpresa como placer, en tanto que la descarga de las

mercancías y el cuidado y el arte con que las iban colocando en aquellas tiendas de madera despertabanme el deseo de poseer algunas de ellas, deseo que satisficiera hasta donde me permitía la exigüidad de mi bolsillo.

Las siempre célebres ferias de Francfort, que se verifican una en primavera y otra en otoño, se celebraban entonces con fiestas y ceremonias que hacían recordar los antiguos tiempos.

Durante las épocas turbulentas de la Edad Média, los mercaderes no podían viajar sin ser robados por bandas de ladrones, de las que los nobles y señores formaban parte sin el menor desdoro para sus blasones. Para evitar en lo posible estos encuentros se hacían acompañar los mercaderes por numerosos hombres de armas que graciosamente les cedían, mediante razonable soldada, sus soberanos señores. Pero estas escoltas no podían acompañarles dentro del territorio de las ciudades libres, demasiado celosas de sus prerogativas y derechos para permitir una protección que de su autoridad no dimanase. Y á causa de esto los habitantes de dichas ciudades salían á esperarlos á los confines de sus territorios y los acompañaban hasta dejarlos dentro de sus murallas. Este servicio se había hecho completamente inútil hacía mucho tiempo; pero el Senado perpetuó tal costumbre mediante el simulacro de lo que anteriormente se efectuaba.

Desde las primeras horas del día víspera del de la feria las calles se llenaban de gentes que se agolpaban por calles y plazas y se codeaban y estrujaban, sin duda porque encontraban en ello placer, pues que hasta medio día nada había que ver.

A esta hora la guardia municipal, representando los guardias antiguos, salían por varias puertas de la ciudad, yéndose á un punto convenido con los que hacían papel de caballeros de la escolta, que los recibían y trataban espléndidamente. El banquete se prolongaba hasta la noche, y entonces volvíanse todos hacía sus casas, haciendo lo posible por no ser vistos, pues sus cabezas no estaban muy seguras. Los que se hallaban en mejor estado entraban triunfalmente por la puerta del centro acompañando á la diligencia, en la que, según un antiguo refrán, debía de haber siempre en este día una viejecita; y aunque la escasa luz del crepúsculo no permitiese ver si la viejecita en cuestion se hallaba efectivamente dentro del carruaje, los chicos, fiados en el proverbio, escoltaban la diligencia dando espantosos gritos, y toda la muchedumbre los seguía, formando entre unos y otros un tumulto y una gritería espantosos.

Al día siguiente dábese al público el espectáculo de otra resurrección de los pasados tiempos que consistía en la *sesion de los músicos*.

Las grandes villas comerciales, á las que aumentaban los impuestos á medida que su industria agrandaba su círculo de acción, procuraban sustraerse de este aumento por todos los medios posibles; y como el emperador veíase precisado á recurrir á ellas en los casos de penuria, fácil les era conseguir excepciones anuales que renovaban fácilmente; renovación que se solemnizaba mediante dónes simbólicos ofrecidos en pleno Consejo municipal al preboste de la ciudad, que entonces nombraba el emperador. Y hé aquí cómo nos recordaban esta antigua ceremonia durante la época de la feria.

Reuníase en pleno el Consejo en la Sala Imperial, presidiendo el preboste, y apenas comenzada la se-

sion dejábase oír extraña música que anunciaba, por decirlo así, la llegada de los pasados siglos, y tres músicos vestidos á la usanza antigua se presentaban delante del Consejo, tocando el uno una flauta, otro una trompa y el tercero un obóe. Entonces entraba, seguido de numeroso séquito, el enviado de una de las tres villas, es decir, Worms, Bamberg y Nuremberg, que reconocían siempre solemnemente las franquicias de la ciudad de Francfort, y ofrecía al preboste los dónes simbólicos, consistentes en muestras de los productos en que más comerciaba la ciudad representada. Según los antiguos usos, la pimienta representaba á las cuatro ciudades libres: presentábala pues en hermoso vaso esculpido sobre el que colocaba un par de guantes adornados con encajes y bordados, siendo estos guantes la señal de una protección acordada con bondad y aceptada con agradecimiento. Después de haber depositado al lado del precioso vaso de la pimienta la varita blanca sin la que no existía antiguamente ceremonia alguna y su arenga pronunciada, retirábase el primer enviado y, con intervalos algo largos para que durase más el placer del público, entraban el segundo y tercer embajador, que efectuaban la misma ceremonia. Halagaban extraordinariamente mi amor propio estas fiestas por el honroso papel que representaba en ellas mi abuelo, preboste de la ciudad por aquel tiempo. Servíanme además para instruirme, pues mi padre nunca dejaba de darme explicaciones acerca de su importancia y valor histórico.

En la orilla derecha del Main, y bajo un bosquecillo de tilos, brota una fuente de agua sulfurosa alrededor de la que pastores y pastoras vienen durante el buen tiempo á solazarse bastante brutalmente por cierto. Al otro extremo de la ciudad existía otra fuente adonde durante las fiestas de Pentecostés llevaban á jugar los pobres hospicianos, que el resto del año se consumían entre las paredes de su hospicio. No se pensaba entonces en que es preciso desarrollar cuanto antes las fuerzas morales y físicas de estos infelices seres abandonados, poniéndolos en contacto con el mundo, en el que á cierta edad se les arroja sin más recurso que el de servir á los que, más afortunados, pueden imponerles sus caprichos. Las sirvientas de nuestra casa, que no pensaban más que en buscar pretextos para pasearse, me conducían con mucha frecuencia á las dos fuentes: así que éstas ocupan el primer puesto entre mis recuerdos de la infancia.

Cuando, terminadas ya las obras de nuestra casa, volvió ésta á ser habitable, nos instalamos en ella con verdadero placer, después de tan larga ausencia. Los arreglos y adornos interiores, en que nos ocupamos durante largo tiempo, nos entretuvieron agradablemente. Comenzamos por colocar en el despacho de mi padre la colección completa de autores latinos, los autores que se han ocupado de antigüedades romanas y de jurisprudencia, el Tasso y otros poetas italianos, algunas relaciones de viajes y otros libros que mi padre quería tener á mano. El resto de la biblioteca lo colocamos en una guardilla dispuesta al efecto.

Los cuadros, que en nuestra antigua casa se hallaban esparcidos por todas partes, se reunieron ahora en un espacioso salón contiguo al despacho. En materia de cuadros tenía mi padre ideas especiales que defendió siempre con pasión. Le he oído compararlos muchas veces al vino del Rhin, que es mejor cuanto

más viejo, sin que esto quite para que el nuevo sea también bueno con el tiempo. Así, pues, él creía emplear mejor el dinero en hacer trabajar á los pintores jóvenes que tenían verdadero talento, que no en comprar cuadros antiguos. La experiencia le había demostrado que son los tonos oscuros que tanta gravedad dan á los colores lo que más se busca en los cuadros antiguos, y él decía que los modernos tomarían también estos tonos con el transcurso del tiempo. No se crea que él pensaba que por esta sola circunstancia los cuadros fuesen mejores. Fiel á su sistema, compraba muchos cuadros á los más célebres pintores de nuestra ciudad, tales como Hirs, el pintor de nuestros hermosos bosques, que siempre puebla de multitud de animales; Trautmann, el digno émulo de Rembrandt; Schutz, que á pesar de su pereza había trasladado al lienzo los más bellos panoramas de las orillas del Rhin; Yunker, cuyos paisajes y cuadros de género podían competir con los de los mejores maestros flamencos. Después de nuestra instalación en la casa nueva, la afición de mi padre á los cuadros se aumentó, ya porque tuviese más sitio en que colocarlos, ya por la amistad que trabó con el joven pintor Seckatz, de cuyo carácter y talento tendré ocasión de hablar más adelante.

(Continuará.)

Traducción de LUIS RUIZ DE VELASCO.

UN ÁTOMO.

I.

QUÉ ES UN ÁTOMO.—LA TIERRA CONSIDERADA COMO ÁTOMO DEL UNIVERSO.

¿Qué es un átomo? El símbolo de lo infinito; la síntesis del Universo; el término y la resolución de toda ecuación; la incógnita de la existencia.

El átomo en la vida, en su esencia y en sus accidentes, es el movimiento de la materia y la materia; es el creador y lo creado, la luz que palpita en los etéreos espacios, y la pupila que se contrae ó dilata al influjo de sus rayos; el calor que desarrolla la existencia en los mundos y el organismo que le percibe; el principio y ley de toda actividad, y la actividad misma en sus interminables manifestaciones.

El átomo sustancial, considerado en la sublime abstracción de todo lo que alcanzan nuestros sentidos, no tiene dimensiones apreciables ni cualidades determinadas, porque reúne en sí todas las leyes, todas las causas, todos los efectos, todas las propiedades; las diversas manifestaciones de la vida en el Universo son la resultante de los movimientos de los átomos que en íntimo é inteligente consorcio giran, se estremecen y conmueven en los interminables espacios que ellos mismos constituyen.

Considera la ciencia al átomo como parte indivisible de la materia, fundándose en un sofisma, puesto que la materia es siempre susceptible de ser dividida, aunque carezcamos de medios experimentales para llevar á cabo el fraccionamiento al llegar á cierto término, y el átomo, según el hombre acierta á comprenderle por este medio vulgar, no es tal átomo, sino un mundo completo organizado. Dejándonos conducir por este sistema y fundados en el mismo símil, consideraríamos como átomo la vesícula de vapor que se mantiene en suspensión en la atmósfera, el imperceptible grano de polen que se ostenta en la corola

de la flor, el glóbulo sanguíneo que hierve en nuestro ser, y una vez admitidos, por este camino llegaría á ser la Tierra átomo del sistema planetario, éste á su vez de la gran nebulosa donde se mece, y átomos en fin las innumerables nebulosas que se desarrollan en el infinito.

Sin embargo de parecer tan absurda á primera vista esta inducción, muchos han sido los filósofos antiguos y modernos que la han tenido por axiomática fundada en estas ó parecidas conclusiones. «En el espacio no hay magnitudes; sólo existen relaciones,» y en este concepto la Tierra puede ser considerada como cuerpo, como molécula, como átomo, en fin, dotado de todas las propiedades y susceptible de todos los movimientos.

Procedamos ahora en sentido inverso, es decir, por deducciones, y vendremos á parar á análogo resultado.

Fijemos nuestra vista en el cielo estrellado, á través de un telescopio de los de mayor potencia conocida, y veremos poblada la inmensidad del espacio de millones de astros, doradas chispas del fuego eterno que se extiende por los ámbitos de lo creado, y supongamos que todas ellas forman parte de una unidad orgánica sideral, de una nebulosa, hacia cuyo centro nos encontramos; más allá de esta primera serie, si así pudiéramos llamarla, vemos aún puntos de luz que ya el grosero telescopio no alcanza casi á determinar, y en último término manchas blanquecinas, sin forma, sin color, que debilitándose poco á poco se pierden en la aparente oscuridad, como huyendo al seno del caos, temerosas de nuestra vista. ¿Cómo apreciaremos este punto de sutil materia que se mece entre el ser y no ser, según la apreciación de nuestros sentidos? ¿No nos será admisible designar esta forma con el nombre de átomo? ¿No es realmente un átomo que se pierde, que se escapa á nuestro análisis, que es indivisible al poder aislador del telescopio y á la mirada del hombre?

Pues bien; esa materia lactiforme, esa esencia cósmica, ese punto inapreciable es un conjunto de millones de estrellas ó soles, centros de infinitud de sistemas planetarios; es una hoja del génesis que permanece doblada ante nuestra exploración y en la que cada letra es un mundo en el que pulula la vida bajo todos sus aspectos. Si tan colosales creaciones son ante nuestra vista un átomo casi despreciable, ¿qué será este humildísimo planeta contemplado desde aquella nube? No un mundo, no una esfera donde el ser humano se agita y mueve, sino un átomo sin luz, sin magnitudes, sin movimientos, un punto negro que yace inerte en los umbrales de la nada.

Véase, pues, si es absurdo considerar la Tierra como un átomo del Universo.

De lo expuesto se deduce que nuestro planeta, como todo lo que existe, puede ser considerado de dos modos; uno en su manera de ser absoluta, y otro en la relación que guarda con lo que nos rodea y los sentidos humanos aprecian.

En cualquiera de estas dos acepciones, desconocemos casi todo cuanto existe y forma parte hasta de nuestro ser, y no es extraño que la inteligencia del hombre sea una interrogación constante á la Naturaleza, la cual por su parte no está muy dispuesta á dejarse sorprender en sus insondables misterios.

(Continuará.)

J. CUESTA.

SONETOS.

I.

Sin fé que aliente la esperanza mia,
Al pensar en los séres que he perdido,
Por volver á creer lo que he creído,
Cuanto me resta de vivir daría.
En brazos de la muerte buscaría
También á mi dolor eterno olvido,
Si de otros séres el amor querido
Mi corazon no atase todavía.
Como el guerrero ante enemiga espada
Busca do quier el salvador escudo,
Así busco la fé tan deseada.
¡Quiero creer!.... Mas ¡ay! ante ese mudo
É indiferente cielo, y la callada
Soledad de la muerte, tiemblo y dudo.

II.

¿Por qué si es todo efímero en la tierra
Pone el hombre en lo eterno su esperanza?
¿Por qué anhelando lo infinito avanza
Si por do quier el límite le cierra?
Del mundo y de la dicha le destierra
Su ciega fe, tan loca confianza;
Y, solamente, el sufrimiento alcanza
Su espíritu insaciable en esta guerra.
Por un vano fantasma en lid reñida
Lucha contra su sér, y aunque os asombre,
El placer real por lo ignorado olvida.
Odia á Naturaleza, adora un nombre,
Al sueño de la muerte llama vida!....
¡Oh, incomprensible corazon del hombre!

III.

Como el avaro es rico eres tú hermosa;
Que también la belleza como el oro
Para el amor y el goce es un tesoro;
Contemplada en sí misma, poca cosa.
Belleza que al amor no le es gozosa,
Que no sabe sentir un *yo te adoro*,
Donde palpita el invisible coro
Del placer y el deseo, no es dichosa.
Tú misma llegarás á convencerte
Cuando, ya sin encantos, con fiereza
Ames y nadie quiera poseerte.
Tú dirás como dice á su riqueza
El avaro en la hora de la muerte:
¡Ah! qué inútil ha sido mi belleza!

IV.

Alzas altiva sin rubor la frente
Del vicio haciendo ostentacion infame,
Y si álguien hay que por su nombre llame
Tan vil degradacion, dices que miente.
Dices que es el amor quien ciegamente
Manda á tu corazon que ceda y ame,
Y que no hay alma á quien amor inflame
Que al cabo no sucumba fatalmente.
¡Tu amor!... ¡tu corazon!... que granjería
Haciendo del placer con desvergüenza
Explotas á un amante cada día!
Mujer que el oro codicioso veniza,
No tiene, pese á tanta hipocresía,
Ni honor, ni sentimiento, ni vergüenza.

V. COLORADO.

ESTUDIOS SOBRE EL QUIJOTE.

(CONTINUACION.)

II.

Entrando en otro orden de estudios, que alguna variedad hemos de dar á estos trabajos para que á tí, lector, te sean de más agrado y á mí de ménos peso, hé aquí ahora veinticinco razones y un apéndice que prueban que Argamasilla de Alba no es el lugar de D. Quijote y forman parte de las cincuenta mil que prueban que fué otro el lugar que le señaló su cronista.

Argamasilla no es el lugar de D. Quijote:

1.^a Porque Cide Hamete, su padre, *no quiso* que se supiese puntualmente el lugar de donde era su hijo, y sí que todas las villas y lugares de la Mancha se disputasen su cuna, como las ciudades de Grecia se disputaron la de Homero.

Sin embargo, D. Quijote fué engendrado y tuvo que nacer y vivir en algun lugar; el caso está en saber cuál fué, porque su padre, con su grande ingenio, cerró la puerta á todas las suposiciones, y la gracia de levantar la profecía está reservada al Académico de Argamasilla.

2.^a Porque este lugar fué una pequeña aldea, y Argamasilla era villa en tiempo de D. Quijote, justificado por Cide Hamete, Avellaneda, la Historia y la Geografía.

3.^a Porque esta aldea no tenía río, y sí un pequeño arroyo en que lavaban Teresa y Sanchica cuando el paje las llevó la embajada de la duquesa, y por Argamasilla pasa y la atraviesa el río Guadiana.

4.^a Porque el lugar de D. Quijote pertenecía á la Orden de Santiago; pues tan pronto como salió de su casa por la puerta falsa de un corral, empezó á caminar por el ancho y conocido camino de Montiel, que lo constituían todos los pueblos que en la Mancha alta y baja tenía jurisdiccion la Orden de Santiago; y Argamasilla, su término, y los á él circunvecinos, pertenecieron al Priorato de San Juan.

5.^a Porque D. Quijote era de un lugar cerca del Toboso, cuyos términos se tocaban, y Argamasilla dista cerca de ocho leguas S. E. del Toboso, teniendo intermedias el de Miguel Estéban, Pedro Muñoz, Quero, Criptana, Alcázar de San Juan, Socuéllamos y el Tomelloso.

6.^a Porque la aldea de D. Quijote estaba al N. O. del Toboso y N. de Quintanar, y su término linda con la carretera (antes camino) de Toledo á Murcia.

7.^a Porque D. Quijote era de un lugar cerca de Dulcinea (y no, NO CERCA, como pone el Sr. Hartzenbusch en un variante, para arreglar la *quisicosa* de Argamasilla), pues por ser cerca quería D. Quijote divisarlo antes de anocheecer el día de su tercera salida, *que fué antes de anocheecer*, y por ser cerca de aquel lugar se enamoró de Dulcinea y conoció á sus padres Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, y aún Sancho tenía una pequeña idea de haberla visto, lo que no sucediera si éste fuese de Argamasilla, que dista del Toboso cerca de ocho leguas.

8.^a Porque del lugar de D. Quijote á la venta donde se armó caballero hay poco más de cuatro leguas, habiendo andado Rocinante parte de ellas por el término de Quintanar, como se verá despues, en el retorno á su casa, atravesando á su ida y á su vuelta el término de este pueblo y el camino de Toledo á Murcia; y todo su viaje fué en direccion S., ó sea al N. de Argamasilla. Pero la Academia y todos los sabios



sacan de este lugar (que está ocho leguas al S. de Quintanar y del Toboso) á D. Quijote, desde donde le hacen caminar tambien al S., ó séase *albarda sobre albarda*, resultando en su mapa (véase) la venta en donde se armó caballero en Almagro, cerca de Valdepeñas, á quince leguas de Quintanar y del Toboso, y de la carretera de Toledo á Murcia.

9.^a Porque al retorno á su lugar de la venta donde le armaron caballero, y como á média legua de andadura en direccion N. saliendo de dicha venta, sucedió la aventura del muchacho Andrés, en término ya de Quintanar; pues de este lugar era *Haldudo* el rico, segun declaracion del muchacho que guardaba las ovejas de aquél, y á poco más de otra legua, en la misma direccion de la venta á su casa, llegó á una carretera donde desafió á los mercaderes toledanos.

10. Porque la aventura de los mercaderes toledanos sucedió en el término de Quintanar, y en la carretera ó camino de Toledo á Murcia, pues iban de Toledo á buscar seda á aquella ciudad, y Argamasilla no puede ser el lugar de D. Quijote porque dista de esta carretera cerca de diez leguas, y Almagro, lugar donde pone la Academia esta aventura, cerca de veinte; no habiendo entre Almagro y Argamasilla camino por donde los *mercaderes toledanos* fueran á buscar seda á Murcia, ni tenían para qué bajar cerca de Sierra-Morena por el camino ó carretera de Andalucía para ir á Murcia, á no ser que buscasen en la famosa sierra algun Ginesillo que les privara de continuar el viaje.

11. Porque el término de la aldea de D. Quijote raya con el de Quintanar en direccion N. O.; pues Pedro Alonso, su vecino, venía de llevar una carga de trigo al molino, cuando le halló malparado y tendido en la carretera, cerca del pueblo; motivo por el cual tuvo que detener el paso, y aún pararse, para no entrar de dia en el pueblo con D. Quijote tan mal caballero.

12. Porque la direccion de D. Quijote (cuyo rumbo marcó Rocinante) en su primer salida fué la misma que en la segunda.

13. Y en la segunda salida marcó el derrotero D. Quijote, y fué el mismo que siguió Rocinante en la primera, que fué por el campo de Montiel en direccion á la carretera de Andalucía, marchando de N. á S., tocando en Puerto-Lápiche, al cual dió vista á los dos días de haber salido de su lugar, que está al N. de Quintanar; y si fuese Argamasilla, como falsamente se cree (aunque en direccion opuesta al derrotero), hubiese visto á *Puerto-Lápiche* antes de salir de aquel pueblo, y hasta hubiese llegado el primer día.

14. Porque marcando la *aguja* de D. Quijote rumbo hácia Andalucía, si salió de Argamasilla tuvo que virar al N. para ir á Puerto-Lápiche, porque éste está al N. de Argamasilla, y la carretera de Andalucía, partiendo de cualquier punto de la Mancha, corre hácia el S., aunque todo el imán de la Academia y de los comentadores se aplique á tornar la aguja al N.

15. Porque, para ir á Andalucía desde Argamasilla, no hay necesidad de tocar en Puerto-Lápiche, pues Andalucía está al S., y Puerto-Lápiche está al N. O. de Argamasilla.

16. Porque antes de llegar D. Quijote á Puerto-Lápiche marchando de N. á S. sucedieron las aventuras del muchacho Andrés, mercaderes toledanos, molinos de viento, el vizcaíno, monjes benitos, los cabreros, entierro de Grisóstomo y aparicion de Marcela, y Argamasilla está más lejos de Puerto-Lápiche y en la misma direccion S., aunque algo al E.

17. Porque despues de estas aventuras sobrevino la de los yangüeses, y fué antes de llegar enfrente de Argamasilla, marchando hácia Andalucía. Y digo enfrente, porque no está este lugar en la carretera, sino al E., y bastante distante, y D. Quijote no pasó por Argamasilla, ni pensó jamás entrar en aquel lugar, y si me apuran diré que ni aún supo si existía.

18. Porque desde Argamasilla, ni yendo hácia Andalucía, que está al S., ni yendo hácia Puerto-Lápiche, que está al N. O., no hay *ni hubo* los treinta molinos de viento que encontró D. Quijote en la mañana que siguió á la noche de su segunda salida; estos molinos están al N. de Argamasilla y al N. de Puerto-Lápiche, en Alcázar, Consuegra y Campo de Criptana; y como los vientos de D. Quijote en esta segunda salida, como en la primera, corrían hácia el S., de aquí que el lugar de D. Quijote no sólo está al N. de Argamasilla, sino que tambien al N. de Puerto-Lápiche y de Alcázar y de Criptana y de Consuegra, que sucesivamente están al N. ¿Y no ha de estarlo, si lo está al N. de Pedro Muñoz y del Toboso, y de Miguel Estéban y de Quintanar, que *sucesivamente* tambien están al N. de Criptana, que es donde están y *estuvieron* los molinos de viento á que se refiere Cide Hamete? Sólo el viento de una Academia y de los comentadores del Quijote inventa cuarenta molinos de viento desde Argamasilla á Puerto-Lápiche y soplando aquél los hizo andar para que entrara con ellos en batalla el Caballero de los Leones.

19. Porque marchando D. Quijote en direccion á Andalucía desde su pueblo, aún cuando fuera (que no lo es) Argamasilla, nada tiene que hacer en Villarrubia, Malagon, Almagro, Peralvillo, Calatrava, Ciudad-Real y Boláños, pueblos por donde lo lleva la Academia sin causa ni fundamento; pues si alguna vez salió de la carretera de Andalucía, aventuras le llevaron, como sucedió cuando llegó á la choza de los cabreros, que fué á ella por haberse entretenido demasiado en la aventura del vizcaíno; en la cual choza tomó noticia del entierro de Grisóstomo, y los cabreros le brindaron para ir; pero todo fué á cosa de média legua de distancia de la carretera, tanto que los yangüeses seesteaban en un pradecito comunal, no lejos de dicha carretera ó camino. Los viajeros que iban á Sevilla abandonaron tambien la carretera por ver dicho entierro, lo que prueba que fué muy cerca de la bifurcacion del camino que ántes iba á Sevilla y el que iba á Granada. La aventura de los galeotes le hizo salir tambien de la carretera é internarse en Sierra-Morena para huir de la Santa-Hermandad. A la Academia y otros comentadores se les ocurrió llevar un muerto desde Baeza á Segovia por *Peralvillo*. Es verdad que tendrían en cuenta la etimología del nombre, y como descompuesto resulta albillo, y el albillo da mosto, y del mosto se hace vino, sin duda les vino en pensamiento que irían por allí los frailes para echar un trago.

20. Porque ya D. Quijote en Sierra-Morena y en el lugar de la penitencia, que por cierto tampoco es el que le marcan la Academia y los comentadores, dijo á Sancho que hay desde allí al Toboso más de treinta leguas.

EL ACADÉMICO DE ARGAMASILLA.

MADRID 1881.

IMP. Y LIT. DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.
Calle Real, núm. 1.